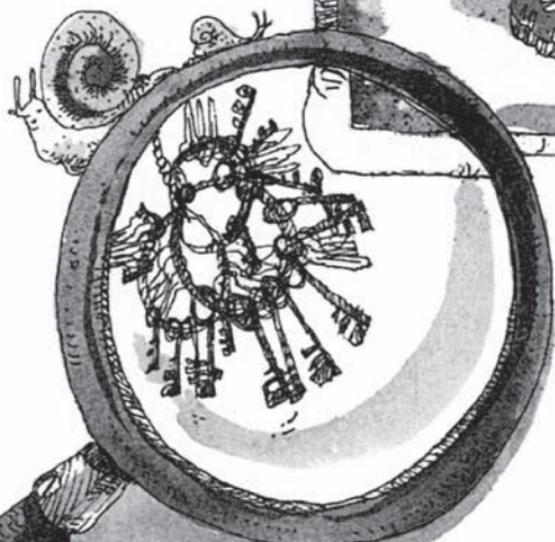


mi abuela Papapa  
Florentino

mi hermana Malú



Las llaves  
(que llevan a  
los secretos)

La pipa  
(de donde  
salen  
los caracoles)



El gato.  
(buena gente,  
no molesta para nada.)

## La fiesta desastrosa

Hoy el papapa Florentino cumple 97 años. Durante el día hizo todas las demostraciones de fuerza y agilidad que podía para probar que todavía está muchachón. La abuela aprovechó el superacontecimiento para hacerlo limpiar el comedor y arrimar unos sofás de la sala.

La fiesta iba muy bien, todos felices: los nueve hijos + los veintisiete nietos + los trece bisnietos + los tres yernos + las cinco nueras + las once novias / novios + los dos viejos amigos + los cinco perros + el gato = 76 invitados + (por supuesto) la abuela.

—¡Vamos a cantar japiperdey! ¡A cantar japiperdey! —iba chillando la abuela por la casa y, de paso, apagando todas las luces.

Mientras nos acomodábamos como podíamos alrededor de la mesa, él se puso a hacer sus bromas (pesadas) de toda la vida: revolver el dedo en las gelatinas, babosear los sanguchitos, gargar con el refresco.

—¡Oye, pedazo de maleducado! —vociferó la abuela—. ¡Viejo malcriado!

Él miró al suelo, hizo su puchero. Los chicos nos divertíamos porque sabemos que al primer descuido de la abuela seguiría con su show: se pondría a chupar las velitas y ponerlas de nuevo en la torta, a jalar el mantel, a demostrarnos que es un payaso lanzando las trufas al aire y atrapándolas con la boca.

Bueno, ahora sí estábamos todos apiñados y contentos. Empezamos a cantar con entusiasmo, pero superdesentonados. Ahí, en el salón oscuro y con la tortaza repleta de velas, como una gran fogata, ya no parecíamos una familia con chicos y viejos, sino un grupo de amigos metiendo vicio en un campamento.

Después vinieron los gritos de “¡pide un deseo!”, “¡un deseo!”, seguidos del típico “¡ya no sopla!”, “¡ya no sopla!, ¡ya no sopla!”.

—¡Ya verán lo poderoso que estoy! —retumbó la voz del papapa—. ¡Lo haré con un hueco de la nariz!

Entonces se acercó a las llamitas de fuego, tomó una bocanada de aire y expulsó un TROMMM como el trombón que produce una botella de champán. Después, el silencio duró lo suficiente para imaginar lo peor.

La luz se encendió. El papapa estaba que reventaba de risa, señalando la torta. Y fue que

nos quedamos tiesos de asco: sobre el fudge con cerezas, colgando a duras penas de una de las 97 velitas de colores, el más enorme moco que habíamos contemplado jamás. ¡Ajjjjh!

Todos creímos ver cómo la abuela agarró la torta y se la hundió al papapa hasta las orejas. Todos hubiéramos jurado cómo quedó su cara de chistosa con esos mazacotes de colores. Pero fue sólo nuestra imaginación, porque la abuela no pudo ni pestañear y él seguía ahí tan fresco matándose de risa.